

PALAZÓN, María Rosa. *Imagen del hechizo que más quiero. Autobiografía apócrifa de José Joaquín Fernández de Lizardi*. México. Planeta. 2001.

A través de la imagen literaria y especular, de la que mantiene el reflejo, la escritora y crítica, fluye en el margen de la voz del Pensador, tan magistralmente bien conocida por ella. De este modo la obra de Fernández de Lizardi retorna a manifestarse en una figura inicialmente catrinesca, que a su vez trata de ser una autobiografía del autor, dejada a sus hijos o a sus herederos, como era habitual en la Crónica no oficial.

La figura del catrín abre la juventud de Lizardi, y la crítica se establece hacia su propia persona: «Me hubiera agradado que me bachillearan: beba usted, bachiller; mire usted, señor bachiller; pero no pude continuar ninguna carrera» (pág. 48).

La picaresca se funde con un conocimiento claro del México de la época, por lo que trata de ser a la vez una reconstrucción histórica: el desarrollo de la Independencia, la llegada de los insurgentes a Taxco, el posterior encarcelamiento al suprimirse la libertad de imprenta, el imperialismo de Iturbide, el problema con la defensa de los francmasones, la polémica con la Iglesia, etc. Recrea los datos históricos, el ambiente festivo de unos pocos y el nivel sanguinolento del populacho, la evaluación de los errores cometidos por el gobierno, todo ello bajo el prisma de los extensos escritos del Pensador.

En toda situación y al tratarse de una biografía novelada, se escuda en la probabilidad de la ficción, en el aspecto más crítico se le puede argüir un exceso en su reiterado tono picaresco y una excusa, en boca del autor, respecto a unas acciones por parte del Pensador, cuya honradez se han visto en tela de juicio. Su mérito principal se establece en una extraordinaria documentación, tanto a nivel histórico como literario, sumamente valiosa para entender la obra de Lizardi.

ROCÍO OVIEDO PÉREZ DE TUDELA
Universidad Complutense de Madrid

PONIATOWSKA, Elena. *Mariana Yampolsky y la buganvilla*. México. Plaza y Janés. 2001.

Novelista, amante singular de su tierra, Elena Poniatowska ha escogido la biografía como instrumento necesario en una literatura que tiende al reportaje. La presente obra se inscribe en esa tradición de la escritora mexicana que quiere hacer valer y revitalizar la voz de personajes aparentemente olvidados por el tiempo. Si Jesusa Palancares revivió e hizo meditar sobre el México contemporáneo, la voz de Mariana Yampolsky se abre paso para recordar la época renovadora y entrega-

da del Taller de Gráfica Popular, que tanta actividad desarrolló en su deseo de popularizar y extender la cultura.

Esta nueva biografía que se une a las noveladas —Tinísima, o Hasta no verte Jesús mío— colabora a dar forma al collage de mujeres mexicanas o visitantes de México, que desde una cultura diferente se han apasionado por el país. México actúa así como verdadero imán que atrae a personajes como Remedios Varo, o en este caso, Mariana Yampolsky. Si unas dejaron su huella en la pintura, el dibujo o la literatura, otras lo harán en la fotografía. Y a estas mujeres, especialistas en el reportaje, innovadoras de un periodismo a menudo considerado escandaloso, dedica Elena Poniatowska sus palabras.

A Mariana le une, además, un paralelismo entre su vida y su producción: si Elena entró en el periodismo, por la exclusión de la casualidad, lo mismo le ocurrió a Mariana, quien desde el grabado eligió finalmente la fotografía, haciendo todo un alarde del objetivo. Sus fotos recogen lo más entrañable de un México a menudo perdido, irrecuperable, por el que el tiempo ha marcado su huella.

Son mujeres modelo, luces y sombras, cuyo valor resalta por su rareza y calidad, en un mundo claramente varonil, si bien, como afirma Mariana, nunca percibió la marginalidad: «Nunca sentí que las mujeres, en esos círculos, fueran discriminadas o recibieran menos reconocimiento que los hombres» (pág. 45).

El mundo mexicano resulta pródigo en mujeres de calidad que han escapado al status previamente dictaminado por la sociedad. Son mujeres excepcionales a menudo entregadas a la causa de los más débiles. Seres a los que retratan desde la cámara o desde la pluma, como ocurre con Mariana Yampolsky y con Elena Poniatowska. Su acción viene marcada por un extraordinario sentido de libertad.

Es la de Mariana, al mismo tiempo biografía y autobiografía. Su infancia y sus primeros escauceos laborales en el Taller de Gráfica Popular, en el que ingresó antes de cumplir los veinte años, recién llegada de Estados Unidos y donde le cupo el haber sido la primera mujer que hubo en el grupo. La entrevista recoge todo un proceso de comunicación con una mujer «documentalista», gestado a lo largo del tiempo. El libro recoge además el mérito de abarcar el espacio cultural mexicano: en sus páginas surge la figura entrañable y paciente, según las palabras de Mariana, de O'Higgins, Leopoldo Méndez, Alberto Beltrán... al tiempo que desliza pequeñas pinceladas en torno a la pintura que tanta relevancia adquirió en México durante los años de la Segunda Guerra Mundial.

Para Elena Poniatowska los personajes modélicos son figuras de enorme calidez y calidad humana, las mujeres configuran un damero en el que su papel, desde la oscuridad o el olvido y a menudo la incompreensión, destacan y actúan como colaboradoras y promotoras de acciones en las que no les interesa ser reconocidas.

Su acción, como en el caso de Mariana Yampolsky se reduce a la comunidad de la acción del Taller «El taller patricio en muchas de las acciones de construcción y educación del país, en las campañas de alfabetización, en las cartillas escolares, en las misiones culturales en las que varios pintores se iban a pintar un mural

en una escuela rural, en las cartillas indígenas, en las campañas de salud y vacunación, en monografías antropológicas, como la biografía de *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas, ilustradas por Alberto Beltrán (pág. 44).

Y no se retratan a sí mismas, porque desean reflejar no su mundo interior, sino el de las personas que ven o que el lector o el público o el espectador, podrán ver. Su objetivo se centra así en el futuro y su actualidad viene de la mano del periodismo y del sentido de difusión que pretenden para su obra, dado que su obra se inscribe en el marco de la reivindicación. Pero es también una obra en colaboración: comunicación con el pueblo que retrata, comunicación con la palabra de los escritores con los que colabora, y que culmina en ese maravilloso libro de Leopoldo Méndez, que cuenta con la mirada perspicaz y mágica de Mariana a través de su lente fotográfica: *Lo efímero y lo eterno del arte popular mexicano*.

Mariana Yampolsky visitada por Elena Poniatowska, dos caras que traslucen el paralelismo del espejo. Ambas son partícipes de los últimos párrafos: «Mariana comenzó a tejer una amorosa red de ideas y convicciones y a envolverse en ellas como la buganvilla en sus hojas y sus flores. A la buganvilla la cortan y sin embargo vuelve a salir (...) es tenaz y peligrosa. Todo eso lo aprendió Mariana y estuvo dispuesta a correr los riesgos. Hoy, la cosecha es enorme y los 60 mil negativos cubren el país entero y lo capturan para no dejarlo ir».

ROCÍO OVIEDO PÉREZ DE TUDELA
Universidad Complutense